



Spanish

FUNDAMENTOS PARA AVANZAR HACIA

LA SANTIDAD



ESCRITO Y COMPILADO POR

RANDALL E. HOWARD

SUPERVISOR GENERAL, IGLESIA DE DIOS DE LA PROFECÍA

FUNDAMENTOS PARA AVANZAR HACIA

LA SANTIDAD



ESCRITO Y COMPILADO POR

RANDALL E. HOWARD

SUPERVISOR GENERAL, IGLESIA DE DIOS DE LA PROFECÍA

Distribuido en la 96ta Asamblea Internacional

TABLA DE CONTENIDO

Fundamentos para avanzar hacia la santidad

Introducción: Ya no se habla de la santidad	3
El fuego del Espíritu Santo	5
La santidad: Andar en el Espíritu	7
Se puede vivir en santidad	11
Conocer a Dios	15
La transformación	18
Limpios por la sangre	21
Limpios por la Palabra	23
La santidad mediante la transformación de la mente	26
La crucifixión y la santidad	30
La motivación para la santidad: ¿El amor o la ley?	33
El amor: La meta de la vida	37
El llamado a la santidad	41
El movimiento de santidad	45

INTRODUCCIÓN

Ya no se habla de la santidad

“Y esto erais algunos; mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios” (1 Corintios 6:11).

Es sorprendente que, durante las pasadas cuatro décadas, los temas de la santidad y la santificación casi han desaparecido completamente de la espiritualidad en la cultura cristiana occidental. Sin duda, hay muchos factores que han contribuido a este declive. Sea cual fuere la razón, muchas encuestas muestran continuamente que ya no existe una diferencia de conducta significativa entre la cultura secular y el cristianismo. Este escrito tiene como propósito darle nuevamente importancia a la santificación y delinear una nueva relevancia para la santidad en el contexto de la actualidad. Después de todo, a través de la historia, los avivamientos y los despertamientos se han visto a menudo como una renovación del poder divino que rescata a los perdidos de las tinieblas del maligno y los transforma en la imagen de Cristo. Ciertamente, esto incluye la gracia santificante y el llamado que enciende la pasión por la santidad.

Hoy es un momento de oportunidad para la nación cristiana con respecto a la santificación. Al cristianismo se le ha acusado de ser prejuicioso, legalista e intolerante para con la sociedad. Sin duda alguna que dentro de nuestras filas, la mayoría pudiera confesar que deseamos dejar atrás el antiguo énfasis en conductas externas y centrarnos en la santidad de corazón, la cual manifiesta el carácter de Cristo. Con este alejamiento de enfoque sobre la santidad en el reino, tenemos la oportunidad de deshacernos de las cargas del pasado y anunciar la nueva relevancia y aplicaciones para la santidad necesaria de hoy.

El Espíritu empodera al pueblo de Dios para que ande en pos de la santidad. Él puede guiar al cuerpo a las nuevas perspectivas y manifestaciones de la santidad que esta generación tanto necesita. Al igual que en todas las renovaciones espirituales de la historia

del cristianismo, estas perspectivas pudieran parecer distintas y también diferir de la manera en que las generaciones pasadas experimentaron la santificación. Sin embargo, un análisis más minucioso demostrará que los fundamentos de la santidad producirán un carácter piadoso y una iglesia fervorosa y vibrante.

Según fuere la necesidad del creyente individual, la santidad ofrece una gracia poderosa que libra a la persona de las garras del pecado, y la ayuda a ascender (a pesar del peso de la carnalidad) y a conformarse a la imagen de Cristo. En cualquier generación, la santidad se ocupa de quebrantar el engaño del pecado y de generar un carácter piadoso, especialmente el fruto del amor. Cada una de estas vías a la santidad contribuyen a esos fines, y el principio que los une y activa es la obra del Espíritu Santo. Él nos redarguye del pecado, nos convence de justicia, nos imparte Su poderosa gracia, nos llena de Su pasión, y nos forma a la imagen de Cristo.

El fuego del Espíritu Santo

Una maestra de ciencias preparaba a unos alumnos de octavo grado para un ejercicio de laboratorio con unos mecheros Bunsen, cuando le preguntaron: "¿Qué exactamente es el fuego?". La maestra quería que los estudiantes entendieran que el fuego se produce cuando las sustancias correctas están presentes y la temperatura llega a cierto punto. Pero se dio cuenta de que la parte técnica de la contestación (siendo el fuego una veloz reacción química llamada combustión) resultaría incomprensible para el alumno. Por eso, contestó diciendo, "Por ahora, tal vez sea mejor preguntarnos qué es lo que ocurre en el plano químico antes, durante y después de que vemos o sentimos el fuego".

Mientras los alumnos activaban sus mecheros, y las llamas cambiaban de amarillo a azul, era importante que comprendieran que las sustancias originales habrían de cambiar mientras la llama siguiera ardiendo, y que literalmente acabarían transformándose en una sustancia distinta. Esta realidad sobre el fuego se puede aplicar también a nuestro concepto de Dios.

Hebreos 12:29 declara que "nuestro Dios es fuego consumidor". De igual manera, cuando nosotros, que somos de una sustancia particular, nos hayamos acercado al Dios que es fuego consumidor, seremos cambiados y hechos en algo nuevo. En adición a esto, el fuego requiere oxígeno y algún tipo de combustible para poder arder.

Juan el Bautista enseñó que "...él os bautizará en Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era; y recogerá su trigo en el granero, y quemará la paja en fuego que nunca se apagará" (Mateo 3:11, 12). El bautismo del Espíritu Santo que Jesús trajo habrá de arder de tal manera que alcanzará lo más profundo de nuestras almas y consumirá nuestros errores, prejuicios y egoísmos, cual paja en las profundidades de nuestras almas.

Un antiguo cántico reza: "En el altar de Dios el fuego está encendido. Nadie lo podrá apagar, porque el fuego del Señor en mi corazón está". El fuego de Dios puede arder incesantemente, produciendo calor y luz. Ciertamente, si permitimos que el fuego

de Dios consuma tan siquiera una sola cosa en nuestra vida, Él nos dará, en cambio, algo purificado e infinitamente valioso.

Hubo una época, hace no mucho tiempo, en la que era un halago decir que un ministro “tenía el fuego de Dios” o declarar que “el fuego del avivamiento se había esparcido”. En ambos casos, alguien había permitido que el fuego de Dios lo consumiera, y viera con sus propios ojos que ese fuego lo había transformado. Era precisamente el testimonio de esa vida transformada la cual tanto los creyentes como los escépticos religiosos hallaban fascinante. El movimiento carismático se formó en base al simple testimonio de vidas que eran cambiadas del statu quo —predecibles e insípidas— a un estado de fervencia, peculiaridad y frescura.

El fuego es un calor luminoso, incandescente, brillante e intenso. En sí, el fenómeno del fuego es fascinante. ¿Habrá pruebas del fuego del Espíritu Santo en su vida? Debemos hacernos esta pregunta: “¿Qué sucede antes, durante y después de ver o sentir el fuego del Espíritu Santo?”, nuestra respuesta correcta debe ser “encendido con ese fuego”.

*Carmen Casey
Pastora y esposa del supervisor nacional
Queensland, Australia*

Nota: Este artículo fue publicado en la edición de julio de 2010 del *Mensajero Ala Blanca* [en inglés].

La santidad: Andar en el Espíritu

Carmen Casey escribió en el artículo anterior que el fuego del Espíritu cambia la sustancia de lo que haga arder. Esa es, tal vez, la manera más directa y sencilla de explicar cómo el Espíritu de Dios obra para producir la santidad en la vida del creyente. Su influencia nos cambia y nos transforma constantemente, paso a paso, a medida que el fuego del Espíritu arde y obra en nosotros.

La ilustración del fuego del refinador es un ejemplo bíblico favorito que describe este proceso (Malaquías 3:3). La mena de un metal fino, como el oro, se calienta en el fuego. Las impurezas son consumidas por el fuego, pues no pueden resistir su intenso calor. La mena de oro se derrite, y se transforma de un metal sólido y quebradizo a un metal líquido que se puede verter y moldear. El fuego continúa purificando el oro hasta que el refinador pueda ver su reflejo en el mismo.

Asimismo, el fuego del Espíritu de Dios obra para purificar a todo creyente que no se resista ni huya de su intenso calor. El fuego de Dios consume las impurezas que se hayan acumulado en los recovecos del alma. El fuego del Espíritu derrite toda dureza de corazón, y hace que el creyente, cual metal, se vuelva flexible, maleable y que se pueda verter fácilmente en los moldes de la voluntad y propósito de Dios. El fuego consumidor de Dios no se apagará hasta que el reflejo de Dios Padre pueda verse en la vida del creyente purificado. Ciertamente, el Espíritu Santo, como el fuego de Dios, es un agente primario que produce la santidad en los hijos de Dios.

Consideremos algunos versículos que nos harán entender que la obra del Espíritu Santo está íntimamente relacionada con el divino proceso de guiar al creyente a la santidad:

“Para ser ministro de Jesucristo a los gentiles, ministrando el evangelio de Dios, para que los gentiles le sean ofrenda agradable, santificada por el Espíritu Santo” (Romanos 15:16). Es posible que en nuestra tradición pentecostal hayamos pasado por alto que el creyente es santificado por el Espíritu Santo. Tanto Pablo como

Pedro emplean la frase “santificación por el Espíritu” en sus escritos sobre los creyentes (2 Tesalonicenses 2:13; 1 Pedro 1:2). De seguro, sabemos que la Biblia asigna al Espíritu Santo el pronombre personal “Él”; y doquiera que Él esté presente, estará activo en producir la santidad en la vida de los creyentes. Ciertamente, cualquier generación que permita que los dones del Espíritu cobren más importancia que Su obra santificadora se arriesga a alejarse del concepto correcto de la obra y persona del Espíritu.

“Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne. Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisiereis” (Gálatas 5:16, 17). La mayoría concuerda en que la santidad es grandemente auxiliada por cualquier influencia que ayude a evitar que al creyente lo dominen los deseos carnales. Pablo declara llanamente que andar en el Espíritu traerá este nivel de victoria a la vida del creyente. Nos da la enfática declaración: “Andad en el Espíritu, y no satisfagáis...”. Esta es una promesa bíblica de lo que el Espíritu Santo traerá a cualquier vida que se someta al abrigo de Su presencia. El pasaje pasa a enumerar primeramente las obras de la carne y luego el fruto del Espíritu. Esta oposición entre las obras carnales y el fruto del Espíritu es un paso adicional del contraste paulino para mostrar que nuestro andar en el Espíritu nos ayuda a evitar las obras carnales, y que también produce el fruto visible del Espíritu en la vida del creyente. Esta clase de vida, evitando las obras carnales y demostrando el fruto del Espíritu, es una forma de describir la vida santificada por el Espíritu.

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” (Romanos 8:1, 2). Al escribir este pasaje de Romanos, Pablo expone “la vida en el Espíritu” como la solución al problema humano de la carnalidad pecaminosa. Este es, posiblemente, el más extenso de los pasajes del Nuevo Testamento que declaran que el poder del Espíritu otorga al creyente la victoria sobre el pecado. La palabra “Espíritu” aparece más de quince veces en este capítulo. Nótese algunas de las declaraciones de Pablo sobre “la vida en el Espíritu”:

- Andar en el Espíritu no trae condenación (v. 1).
- La ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús nos libra de la ley del pecado y la muerte (v. 2).
- El que piensa en las cosas del Espíritu (el creyente) disfruta de vida y paz (v. 6).
- La vida viene del Espíritu de Dios que mora en nosotros (vv. 10–13).
- Los que son guiados por el Espíritu son hijos de Dios (v. 14).

“¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Corintios 6:19, 20). La presencia del Espíritu de Dios en el interior lleva a Pablo a emplear la analogía del templo. Nuestros cuerpos son templo de Dios. Hoy el vocablo “templo” todavía evoca la imagen de un lugar sagrado. Este sentir era aún más prevalente en la época en que Pablo escribió estas palabras. Al igual que entonces, hoy sabemos que el templo es un lugar en el cual no se deben permitir cosas irreverentes y mucho menos denigrantes o inmorales. Pablo está recalcando que, con la entrada del Espíritu Santo a nuestras vidas, nos convertimos instantáneamente en el lugar de morada de la tercera persona de la Trinidad, el Espíritu Santo. Como consecuencia, todo debe orientarse hacia el fin de glorificar a Dios. Por naturaleza, se rechazan el pecado y la mugre del mundo, y se acepta todo aquello que honre y ensalce a nuestro Señor.

“Y la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado” (Romanos 5:5). El pináculo de la santidad es el amor, según el gran mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios...” (Mateo 22:37). Pablo le dice aquí a los romanos que es el Espíritu de Dios quien derrama el amor de Dios en nuestros corazones. No nos es innato amar ni reaccionar a la manera de Dios. Los seres humanos no tenemos la capacidad de generar tal clase de amor. Aunque lo intentemos, no nos será posible. Pero por la obra del Espíritu Santo, el amor de Dios se activa en nuestros corazones.

Sin la ayuda del Espíritu, sólo alcanzaríamos a tener una santidad sin su cualidad principal: el amor de Dios.

“Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:14). La santidad supone una relación duradera con nuestro Dios santo, la cual se desarrolla a medida que el cristiano es guiado por el Espíritu. Nuestro andar en el Espíritu desarrolla intimidad con el Dios de la santidad. Al igual que en cualquier otra relación, mientras más tiempo el creyente pase con Dios, más se comenzará a parecer a Él. Esta máxima es verdadera: nos convertimos en aquello a lo cual adoramos. ¡Que los santos en todas partes adoren fervientemente a Dios en la plenitud del Espíritu Santo! Mientras adoramos y andamos en el Espíritu, veremos que la santidad de Dios se manifiesta cada vez más a través de nuestras vidas.

Se puede vivir en santidad

Salmo 24:1-6

Las audiencias televisivas y cinematográficas de hoy día ven un sinnúmero de espectáculos de temática paranormal que enfatizan los poderes sobrenaturales en los seres humanos. Algunos de los filmes y programas televisivos más populares en los E.U.A., tales como *Sobrenatural*, *Crepúsculo*, *Héroes*, *Supermán*, y *Harry Potter* animan a la gente a creer en lo milagroso y lo sobrenatural. La cultura occidental de hoy está dispuesta a aceptar la posibilidad de que los eventos sobrenaturales ocurran.

Ya sea por entretenimiento o por creencia en el ocultismo, parece haber una mayor aceptación de lo milagroso que de la posibilidad de la santidad. Aunque nuestro movimiento acepte su legado pentecostal, a veces parece que algunos individuos se incomodan con el tema de la santidad o la doctrina de la santificación.

Esta incomodidad pudiera relacionarse directamente con el consabido dicho de la cultura secular que dice: "¡Nadie es perfecto!". Esta noción significa que se espera que todos, incluyendo a los creyentes, fallen, decepcionen y vivan por debajo del estándar aceptado de moralidad. De hecho, el problema con la sociedad secular es que no cree en la existencia de un estándar de moralidad objetiva. Pero las Santas Escrituras nos fueron dadas para que conozcamos la verdad y sepamos cómo vivir en ella (2 Timoteo 3:15-17).

Hace unos pocos años, una de las canciones cristianas más populares decía: "Un santo es simplemente un pecador que cayó y que volvió a levantarse". Me pregunto si un santo es solamente eso. ¿Acaso la vida santificada sólo consiste de los fracasos que uno supera?

Todos hemos oído este dicho: "No seas más papista que el Papa". Con esto se reta al creyente a dejar de actuar como si hubiera un estándar por el cual seremos juzgados. Todas estas creencias parecen seguir la tendencia general de la cultura, la cual supone que es imposible vivir en santidad.

Aunque las Escrituras reconocen que los creyentes pueden y están destituidos de la justicia de Dios, la provisión del sacrificio de Cristo continúa haciendo efecto en la vida del creyente después de la conversión, ofreciendo el perdón y el poder para vencer al pecado y vivir irreprensiblemente (1 Juan 1:9). Todavía es la voluntad de Dios que el hombre sea santo y santificado (1 Tesalonicenses 4:3). Nuestra fe debe poseer este poderoso principio de la vida santificada.

En el Salmo 24, el salmista describe la actitud de los que viven en santidad. La santidad se vive creyendo que todas las facetas de la vida le pertenecen a Dios. “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan” (v. 1).

La santidad de Dios es un principio posesivo y eterno; y cuando aceptamos la santidad, vemos a Dios como el dueño de todas las cosas. Él es el dueño del mundo, sus pueblos y todo lo relacionado a la humanidad: nuestros cuerpos, nuestra vida y nuestro tiempo. ¡De hecho, todo lo que la gente reclama como propiedad suya le pertenece a Dios!

La mente secular cree que la humanidad no tiene un Creador a quien rendir cuentas. La convicción del creyente sobre la santidad de Dios hace que perciba la vida de un modo completamente distinto. La actitud del creyente se parece a la de los seres angélicos que exclaman en Isaías 6:3: “Santo, santo, santo... toda la tierra está llena de su gloria”.

La vida en el Espíritu se vive llena de ambición espiritual. El salmista se pregunta: “¿Quién puede subir al monte del Señor? ...” (Salmo 24:3, Nueva Versión Internacional). El salmista está consciente de la petición de Moisés de contemplar la plenitud de la presencia de Dios; y también desea hacer lo mismo.

El salmista también reconoce la existencia del esfuerzo personal, el sacrificio y la fe. Sin embargo, lo que enfatiza es el deseo. Se puede vivir en santidad si así uno lo desea. ¡El salmista está dispuesto a subir al monte con tal de llegar a donde Dios está! Este monte está completamente reservado para Dios; pero por la fe, uno también puede allegarse a la santa presencia de Dios.

Dios está en la cima del monte.

Los montes siempre separan a la minoría de la mayoría. Los que desean ser santos deben buscar a Dios y alejarse de la mayoría, la cual se conforma con una simple existencia deísta. Buscar a

Dios y Su santidad requiere que nos rehusemos a dejar que la mayoría determine y moldee nuestro estándar o nuestra búsqueda de Dios.

En Mateo 5, después de que las multitudes siguieran a Jesús por causa de Sus milagros, sólo unos pocos individuos Lo siguieron hasta el monte para oírle enseñar sobre los asuntos del reino. Los creyentes deben buscar a Dios y desear ver lo que Él ve, oír lo que Él oye, y estar donde Él está. Cuando uno busca a Dios, Él nos visita en la gloria de Su santidad. Cuando Moisés procuró ver la gloria de Dios, Dios se le reveló (Éxodo 33:18, 19). La gran perspectiva del salmista es que cualquiera que anhele ser santo y buscar de Dios puede subir a Su presencia.

Recuerdo que, de niño, en nuestro movimiento se cantaba un himno que expresa el deseo de este salmista. El himno se titula "Higher Ground" ["Allí no habrá tribulación"]:

En la mansión do Cristo está,
Allí no habrá tribulación;
Ningún pesar, ningún dolor,
Que me quebrante el corazón.

Allí no habrá tribulación;
Ningún pesar, ningún dolor,
Y cuando esté morando allá,
Diré que no hay tribulación.

Será muy triste estarme aquí,
Muy lejos, sí, del Salvador,
Pues moran ya con Él allí,
Los redimidos por Su amor.

Perfecto amor encontraré,
En la mansión del Salvador;
Perfecta paz allí tendré,
Mejor que la que gozo hoy.

Entonces, sí, yo gozaré,
De toda la felicidad,
Y ya con Cristo reinaré
Por toda la eternidad.

La santidad es desear algo más significativo, sublime y profundo en nuestras vidas. A quien procure esta santidad, la presencia de Dios otorgará una vida caracterizada por la pureza, la justicia y la verdad. Para muchos, la santidad es inalcanzable; pero para el creyente la santidad es alcanzable.

La santidad es alcanzable si tenemos la actitud correcta para con el rol de Dios como dueño del mundo, y si estamos dispuestos a buscarlo de Él sin importar el costo. A los que lo buscan, Dios los llama generación de buscadores. Busque al Señor con una actitud de reverencia y con una ambición motivada por la pobreza espiritual; y usted también podrá vivir en santidad.

Trevor Reid
Co-Director Internacional del Ministerio de Jóvenes
Cleveland, Tennesí

Este artículo fue publicado en la edición de junio de 2010 del *Mensajero Ala Blanca* [en inglés].

Conocer a Dios

“Nuestro conocimiento de Dios depende de la revelación de Su presencia personal... Es inútil presentar argumentos a quienes no se hayan confrontado con Su presencia. Por otro lado, está de más hacerlo con quienes sí se hayan confrontado con la misma”.¹

Conocer por *yada*

El vocablo hebreo *yada* significa “conocer” y es empleado a menudo en el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento, el vocablo griego *ginoskein* tiene un significado parecido al concepto y uso de “*yada*” en hebreo, pues los autores neotestamentarios eran de trasfondo judío, y empleaban *yada* con frecuencia.

Este es un vocablo que significa conocer más con el corazón que con la mente, un conocimiento que no viene por observación objetiva, sino por participación activa e intencional en la experiencia vivida. En la mentalidad hebrea, el conocimiento no consiste de una posesión de información. Más bien, el conocimiento existe para ser ejercido o realizado.² En la mente hebrea, “conocer” se orientaba más a lo relacional, experiencial y participativo. La mentalidad griega de la época del Nuevo Testamento había cambiado, y concebía el conocimiento como algo objetivo, distante y racional. Con el advenimiento de Cristo y el evangelio, la connotación personal y relacional del término hebreo *yada* fue lo que más eficazmente transmitió Su verdad.

Cristo, el Hijo de Dios, fue una persona a quien se debía conocer y creer de manera íntima. Él no fue una simple verdad declarada ni un dato documentado. Él exigía un compromiso integral de cada persona, más allá de una mera aceptación intelectual. Para conocer a Cristo, los creyentes tienen que experimentarlo (*yada*). Nadie puede conocer a Cristo por haberlo estudiado u observado (la mentalidad griega). Se debe creerle a Cristo, confiar en Él, obedecerle, y recibirlo; o sea, experimentarlo de una manera personal (*yada*).

Jesús

En Juan 17:3, Jesús llama a los creyentes a tener una experiencia con Él: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado”. Al comprender el concepto de *yada*, esta escritura se aleja del concepto superficial de la salvación por conocimiento y aceptación mental, y se acerca al conocimiento profundo y relacional del desafío permanente de tener comunión con Cristo. Jesús no estaba insinuando que Sus discípulos tuvieran un mero conocimiento mental, sino que deseaba que experimentaran una plena relación con Dios para una vida de ministerio y de satisfacción.

Pablo

Filipenses 3:10 dice, “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte”. Esta escritura muestra el sublime llamado a tener una experiencia con Dios. Si alguno tuvo una experiencia con Dios, seguramente fue Pablo, el más grande misionero y evangelista del Nuevo Testamento. No obstante, al final de su ministerio, vemos que todavía procuraba “conocer” más a Dios (por experiencia). Pablo se dio cuenta de que siempre habrían más cosas que descubrir acerca de Dios. Esta será la revelación que se habrá de manifestar en la eternidad.

Moisés

Éxodo 33:13 dice, “Ahora, pues, si he hallado gracia en tus ojos, te ruego que me muestres ahora tu camino, para que te conozca, y halle gracia en tus ojos...” En este capítulo, Moisés demostró tener un corazón resuelto a conocer a Dios de manera íntima. Había oído la voz de Dios, fue guiado por un ángel, Dios se le había aparecido en la columna de nube, y había hablado con Él cara a cara. Pero Moisés aún deseaba un encuentro más cercano: ver la gloria de Dios. Moisés anhelaba profundamente conocer a Dios íntimamente.

Aplicación

El vocablo *yada* se emplea en el Antiguo Testamento para denotar una amistad íntima. El amor entre Jonatán y David lo ilustra. La relación indisoluble que une a las personas y familias, o incluso

la intimidad de la relación sexual se describen también en el Antiguo Testamento con el vocablo *yada*. El conocimiento superficial, el cual se limita a la información o al contenido factual, no llega al compromiso ni la participación denotados por el vocablo empleado en el Antiguo Testamento. “*Yada*” es como Cristo desea que Sus seguidores lo “conozcan”.

Otra ilustración es el contraste entre cuánto se conoce una pareja de recién casados y una pareja que lleva más de 50 años de casados. La primera pareja se conoce lo suficiente como para estar casados, mientras que la segunda se conoce mucho más por los años de experiencia que llevan juntos. Repetimos: así es como Cristo desea que Sus seguidores lo conozcan.

Tener una experiencia con Dios y conocer a Dios

Conocer a Dios “se convierte en buscar a Dios, pero no en conocimiento, plenitud, o en datos, sino en tener un encuentro directo con Él lo cual es mejor que oír un testimonio de segunda mano sobre Él. Conozcamos a Dios más que lo que solíamos conocer al mundo cuando éramos pecadores. Cuando estábamos en el mundo, ninguno de nosotros estudió para aprender a pecar. Experimentábamos el pecado por actos y participación. Uno participa en el pecado para llegar a conocerlo. Nadie puede decir que conoce el pecado porque lo aprendiera de un libro. Tampoco nadie puede decir que conoce sus garras viciosas o apetitos destructivos. Así también nadie puede decir que conoce a Dios por una simple aceptación mental de Su existencia o porque haya asistido a algún evento religioso”.³

¹Dallas Willard, *In Search of Guidance [En busca de dirección]* (New York, NY: Harper and Collins, 1993), p. 12.

²Thomas H. Groome, *Christian Religious Education: Sharing Our Story and Vision [Educación religiosa cristiana: Compartiendo nuestra historia y visión]* (San Francisco, CA: Harper & Row, 1980), p. 141.

³Francis Frangipane, *Holiness, Truth, and the Presence of God [Santidad, verdad y presencia de Dios]* (Cedar Rapids: IA: Advancing Church Publications, 1986), p. 79.

La transformación

*“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas”
(2 Corintios 5:17).*

“De no ser por un principio radicalmente nuevo de la vida, la humanidad sencillamente no puede llegar lejos. La [reforma] necesaria sólo se hará posible a través de la presencia de Cristo manifestada en la vida de Sus hijos que han alcanzado madurez y la han intercalado en las esferas ‘seculares’... La presencia real de Cristo, como fuerza directriz, sólo aparecerá a medida que los santos ocupen sus lugares correspondientes en la santidad y poder de Dios mientras que demuestran al mundo la mejor manera de vivir en todo el sentido de la palabra”.¹

Principio: Las personas de corazón receptivo son transformadas en la presencia de Cristo.

La transformación es la meta que Dios ha trazado para todos los que creen en Él. Romanos 12:2 nos exhorta a no conformarnos a este mundo, sino a “transformarnos por la renovación” de nuestra mente. El versículo tema enseña que la transformación es parte del acto de redención al momento de recibirse la salvación; somos regenerados y hechos nuevas criaturas. No obstante, la transformación es también un proceso en el cual Cristo forma al creyente según Su imagen y semejanza. No es una experiencia de crisis, sino el proceso de Su gracia obrando en nosotros.

El profeta Isaías ilustra la transformación. Su encuentro con Dios se describe en Isaías 6. Nótese que Isaías vio al Señor y experimentó Su gloria. A partir de esta experiencia, Isaías se compungió, y fue limpiado y llamado. Tras experimentar la presencia transformadora de Dios, su vida cambió y jamás volvería a ser igual.

La transformación también se ilustra en la vida de Pedro, en Lucas 5:1–11. Ante la revelación que Pedro recibió en el mar,

reaccionó de varias maneras. Estas reacciones, con frecuencia, son típicas de quienes se dan cuenta de que están ante la presencia del Señor:

Pedro se rindió .	Su auto-suficiencia fue destruida.	Se humilló .
Pedro confesó .	Su santurronería fue destruida.	Se arrepintió .
Pedro se asombró .	Su concepto propio fue destruido.	Pedro creyó .
Pedro respondió .	Su negocio propio fue destruido.	Fue llamado .

Principio: La transformación se puede experimentar tanto gradualmente como instantáneamente. Es un proceso constante en el cual el creyente está siendo conformado en la imagen de Cristo.

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18; véase también Romanos 8:29; 12:1, 2; Gálatas 4:19; Colosenses 3:10).

La transformación se describe aquí como “metamorfosis”. Entendemos por metamorfosis el lento proceso de crecimiento en las plantas, el cual es causado por la exposición a los rayos solares. Asimismo, como creyentes, estamos participando en el proceso continuo y permanente del crecimiento, causado por la exposición a Cristo.

Dallas Willard escribe lo siguiente: “Para los seres humanos, el acercamiento a la santidad es un proceso de larga duración y mucha dificultad que abarca todas nuestras habilidades a su máxima capacidad por un largo período de tiempo. A nadie le gusta oír esto. Malinterpretamos un tanto los testimonios de las experiencias de muchos grandes líderes espirituales, y atribuimos su grandeza a estos grandiosos momentos que experimentaron, mientras que pasamos por alto los años de lento progreso que tuvieron que soportar antes.

“Francis de Sales nos aconseja sabiamente a que no esperemos que la transformación ocurra en un solo momento, aunque sea posible para Dios el otorgarla:

La purificación y sanidad ordinarias, ya sea del cuerpo o de la mente, ocurren poco a poco, pasando de una

etapa a la siguiente con paciencia. Los ángeles que Jacob vio en la escalera tenían alas pero no volaban, sino que ascendían y descendían en orden, de un peldaño al siguiente. El alma que se levanta desde el pecado a la devoción puede compararse con el amanecer, el cual, mientras va llegando, no expulsa las tinieblas instantáneamente, sino poco a poco (Francis de Sales, *Introduction to the Devout Life* [Introducción a la vida devota]; Garden City, NY: Doubleday, Image Books, 1957, pp. 43, 44).

“Por lo tanto, es necesario decir que la conversión de crisis, según la entienden los círculos cristianos, no es lo mismo que la transformación requerida del yo. Ser alcanzados por la nueva vida del cielo no elimina la realidad de cuán necesaria es una larga trayectoria para la transformación. Este hecho es muy bien ilustrado por algunas muy conocidas escenas de la vida uno de los amigos íntimos de Jesús, Simón Pedro, la ‘roca’, quien ocasionalmente parecía más un montón de arena que una roca”.²

Clave: Ya sea como crisis, o como proceso gradual, o como ambas, la transformación ocurre naturalmente por la exposición a la revelación de la presencia de Cristo.

¹Dallas Willard, *Spirit of the Disciplines* [*El Espíritu de las disciplinas*] (San Francisco, CA: Harper Collins Publishers, 1988), p. 239.

²Ibid., p. 70.

Nota: Esta sección ha sido tomada y adaptada de *Fundamentos: Formación Espiritual* (Cleveland, TN: Casa de Publicaciones Ala Blanca, 1997), pp. 13-16.

Limpios por la sangre

Un aspecto de la tradición de santificación a través de la historia del cristianismo ha sido el concepto de limpieza. El escritor del Salmo 51 exclamó en oración: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí” (v. 10). Cuando los creyentes son redimidos del mundo, existe un llamado a limpiarnos del residuo de ese sistema mundano y sus fundamentos. Luego, mientras los creyentes viven y trabajan en este mundo, existe la necesidad de limpiarnos continuamente de las influencias mundanales que fácilmente pueden entrar a la mente y el corazón del creyente. Sin importar la manera en que se describa esa limpieza, existen agentes eficaces que han sido provistos para esta obra de lavamiento del espíritu y el alma. Según las Escrituras, la sangre del Cordero y la Palabra de Dios son los dos agentes más prominentes.

El escritor del Salmo 51 también ruega diciendo, “Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve” (v. 7). La idea de la sangre aplicada por medio de un sacrificio para limpiarnos del pecado proviene del Antiguo Testamento. El hisopo era un árbol cuyas ramas se mojaban con la sangre del sacrificio para rociarla sobre el altar. Hoy Cristo es nuestro sacrificio, y Su sangre es el precio por el pecado y un agente divino de limpieza. El salmista exclamó, “Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado” (v. 2).

Cuán sublime don experimentamos los creyentes —ser lavados por la sangre de Jesús. De la misma manera en que nos refrescamos con un duchazo para quitarnos la mugre del trabajo, el sudor y el polvo, hay una experiencia refrescante cuando creemos que la sangre de Cristo nos limpia de la mugre del mundo en nuestro corazón y alma. Las bendiciones de una limpieza santificadora son: ser librados de la culpa, de las ataduras del enemigo, y de nuestras propias influencias carnales, bañarnos en la refrescante fuente divina, sanidad para nuestras heridas, y ser librados de la amargura y enemistad. Sea que experimentemos la limpieza por primera vez en la obra de santificación, o que sintamos el

refrigerio intermitente de nuevas limpiezas, la sangre de Cristo es eficaz.

El Nuevo Testamento recalca: "¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?" (Hebreos 9:14). Sin duda alguna que en nuestro peregrinaje en esta vida, el polvo de un mundo caído y perdido se nos puede pegar con facilidad a cualquiera de nosotros. Sin darnos cuenta, sus actitudes se nos pueden pegar. Sus ideales y conceptos pueden asentarse sobre nosotros. Nuestra naturaleza humana es, a menudo, susceptible a influencias emocionales carentes de gracia, tales como la amargura o la enemistad. Gracias a Dios, tenemos un Salvador que nos ha provisto la victoria inicial sobre nuestra situación caída y nos ofrece una limpieza continua por Su preciosa sangre. Es hermoso arrodillarnos para pedir la gracia de un nuevo lavamiento en Su sangre y levantarnos con certeza y gozo por haber sido renovados y limpiados una vez más.

"Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me echés de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente" (Salmo 51:10–12).

"¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí; entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión. Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Jehová, roca mía, y redentor mío" (19:12–14).

"Las iniquidades prevalecen contra mí; mas nuestras rebeliones tú las perdonarás" (65:3).

"Ayúdanos, oh Dios de nuestra salvación, por la gloria de tu nombre; y líbranos, y perdona nuestros pecados por amor de tu nombre" (79:9).

"Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad" (1 Juan 1:9).

"Limpios, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros" (1 Corintios 5:7).

Limpios por la Palabra

Sin lugar a dudas, las Escrituras también declaran que la Palabra viva de Dios es un victorioso agente de limpieza en la vida del creyente. El salmista testificó, diciendo, "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Salmo 119:11). En su clásico pasaje sobre la iglesia, Pablo le escribe a los efesios, diciendo, "Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra" (Efesios 5:26). Y Cristo, en Su rol de Sumo Sacerdote, rogó por todos los creyentes, diciendo, "Santificalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Juan 17:17). Vemos claramente que a la Palabra de Dios se le ha dado un papel principal en el proceso de limpieza de los creyentes en crecimiento.

Pablo le escribió a Timoteo estas clásicas palabras que son bien conocidas en la iglesia de hoy: "Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra" (2 Timoteo 3:16, 17).

Pablo entendió que la Palabra de Dios era el agente que podía influir sobre el recién convertido que aún batallaba con su vida pasada, limpiándolo y conformándolo a una senda nueva y viviente: la senda de la justicia. Dios inspiró la Palabra para ocasionar el milagro de convertir una vida bajo el poder destructivo del pecado a una vida perfecta y preparada para toda buena obra.

Las madres y los nutricionistas comparten un proverbio que nos dicen a menudo: "Somos lo que comemos". Los tecnólogos de la informática nos dicen que una computadora sólo tiene la inteligencia que se le proporcione: "Si le das basura, te devolverá basura". Por ende, tiene sentido que el creyente se comprometa a llenar su alma de la Palabra viva. Es la eterna y divina Palabra que, por naturaleza, transforma e influye a todos los que la reciben. No es un libro común y corriente. Ésta da más vida que las palabras comunes. Dios se ha revelado al hombre mediante las páginas de Su Santa Palabra. Cuando estas páginas de la revelación son recibidas en el corazón y la mente del creyente, ocurre una reacción divina que nos limpia de la antigua vida, y nos da una vida nueva según

la imagen y la voluntad de Dios. La Biblia hace la siguiente pregunta: "¿Con qué limpiaré el joven su camino?". La respuesta se nos da de inmediato: "Con prestar atención a la Palabra de Dios" (Salmo 119:9, parafraseado). Esto se asemeja a lo que Jesús le dijo a Sus discípulos: "Ya vosotros estáis limpios por la palabra que os he hablado" (Juan 15:3).

¿Qué mensaje tiene la iglesia de Jesucristo para el pecador agobiado que desea ser libre y limpio de la influencia constante del mal y la destrucción en este mundo? ¿Tiene una palabra de esperanza? ¿Tiene poder liberador? Isaías tiene la respuesta de Dios para nosotros: "Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana" (1:18).

Un estudio cuidadoso de los pasajes que siguen nos llevarán a la sólida conclusión de que la Palabra de Dios limpiará a cualquier persona que decida llenar su mente y alma con Su verdad:

"La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbrá los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal. Tu siervo es además amonestado con ellos; en guardarlos hay grande galardón" (Salmo 19:7-11).

"¿Con qué limpiaré el joven su camino? Con guardar tu palabra. Con todo mi corazón te he buscado; no me dejes desviarme de tus mandamientos. En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (119:9-11).

"De todo mal camino contuve mis pies, para guardar tu palabra" (v. 101).

"Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra" (Efesios 5:26).

"Santifícalos en tu verdad; tu palabra es verdad" (Juan 17:17).

"Porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado", (1 Timoteo 4:5).

"Porque la palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu,

las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón” (Hebreos 4:12).

“Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad... Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra” (2 Timoteo 2:15; 3:16, 17).

“Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa en vosotros los creyentes” (1 Tesalonicenses 2:13).

La santidad mediante la transformación de la mente

La Palabra de Dios tiene poder para transformar al creyente en la imagen y la gloria de Cristo. La historia del cristianismo a menudo ha interpretado las palabras de Pablo a los santos de Corinto como una referencia a la Palabra de Dios: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).

Ciertamente, la Palabra de Dios es una fuente de la gloria de Dios, cual espejo que refleja Su mente y corazón. Así que, cuando el creyente la estudia con regularidad, la transformación ocurrirá con naturalidad. ¿Acaso puede alguien contemplar la gloria de Dios en cualquier forma y no experimentar el poder transformador de Cristo? La Palabra de Dios es una fuente segura de Su gloriosa revelación, y cuanto más nos acerquemos a ella, más influencia transformadora recibiremos en nuestras vidas.

Pablo describió este proceso transformador con la frase “de gloria en gloria”. En muchas maneras, la santificación consiste exactamente en esto: los pasos y las etapas de la vida cristiana en las que —por muchas intervenciones de Dios e influencias de Su gloria— vamos dejando de ser pecadores perdidos, caídos y carnales para alcanzar la meta de la imagen de Dios reflejada en nosotros. La Santa Escritura es un agente primario en este proceso de limpieza y transformación.

Es bueno comprender que esta actividad transformadora de la Palabra de Dios incluye la limpieza de las influencias negativas, pero también incluye el proceso de crear un carácter piadoso en la vida del creyente. Por una parte, es como un manantial que purifica el agua al hacerla fluir sobre las rocas, eliminando las impurezas paulatinamente. La obra de la Palabra de Dios aplicada a nuestras vidas tiene a menudo el mismo efecto de eliminar las impurezas a medida que las aguas de la revelación y la verdad fluyen sobre nuestras almas. Por otro lado, esa corriente de agua aplica presión constantemente sobre las rocas de la montaña, de

manera que, con el paso de los años, las mismas cambian y se vuelven redondeadas y alisadas. De la misma manera, la constante aplicación de la eterna Palabra de Dios obra con el paso del tiempo, reformando y formando nuestros corazones en la gloriosa imagen de Cristo Jesús.

Santiago ayuda a expandir la idea del cambio dramático por la influencia de la Palabra cuando dice: "Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas" (Santiago 1:21). Santiago emplea aquí la ilustración del injerto, procedimiento que los agricultores emplean a menudo en el cultivo de los árboles frutales. Es obvio que está hablando sobre la limpieza cuando comienza por rogar a los santos a desechar la inmundicia y la malicia. Luego muestra cómo efectuar la limpieza cuando exhorta a los creyentes a recibir la palabra "implantada".

Puede que algunos individuos no se den cuenta de que el proceso de implantar la Palabra de Dios en nuestros corazones es la actividad de la gracia que nos empodera para dejar a un lado las influencias negativas (como la inmundicia y la malicia) y desarrollar la imagen de Cristo en nosotros. Así como un naranjo puede recibir una rama de un limonero por la ciencia del injerto, el creyente puede recibir la purificación por la Palabra de Dios implantada en una vida dañada por la tentación o las influencias malignas. Imagine cuánto poder tiene la viva y eterna Palabra, que cuando llenamos nuestra mente con la misma, produce en nosotros frutos de piedad y conformación a la imagen de Cristo. El salmista dijo, "En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti" (Salmo 119:11).

Un creyente puede concentrarse en una debilidad específica y comenzar a implantar en ella porciones específicas de la Palabra para eliminar la misma y recibir la victoria específica (de la Palabra). Por ejemplo, un creyente pudiera tener problemas de amargura que pareciera imposible de vencer y olvidar. Sin embargo, mediante el principio del implante que Santiago menciona, ese creyente puede buscar pasajes bíblicos poderosos que hablan acerca de la victoria sobre la amargura mediante el perdón, la misericordia y la gracia. El poder de estas escrituras se pueden implantar en el alma a través la meditación, memorización y saturación. A fin de cuentas, el poder de la Palabra implantada habrá de producir

el fruto de la misericordia y el perdón, rompiendo así el yugo de amargura en esa vida.

Pablo también menciona el principio de la transformación por la Palabra en el clásico pasaje de Romanos: “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”, (Romanos 12:2). Como se ha indicado, es evidente que la Palabra de Dios tiene el poder para transformar nuestras vidas. Hay muchas influencias compitiendo constantemente por ejercer el poder de cambiarnos: la cultura, los amigos, la publicidad, las instituciones, etc. La mayoría de estas influencias no son motivadas por la gracia de Dios. ¿Qué puede hacer el creyente para evitar conformarse a todas estas presiones que lo rodean? Cuando aplicamos la Palabra de Dios mediante la lectura, la meditación, la memorización, el estudio y la oración, la divina influencia y vida de la Palabra comienza a reestructurar nuestros pensamientos para conformarlos con los pensamientos de Dios encontrados en Su Palabra. Así nos libra de las influencias nocivas de este mundo y nos liberta para vivir y andar como Cristo.

Por último, la palabra que Dios le dio a Josué se convierte en nuestra guía mientras procuramos llenar nuestros corazones con la Palabra de Dios y experimentar su poder transformador: “Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien” (Josué 1:8).

“Por lo cual, desechando toda inmundicia y abundancia de malicia, recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas. Pero sed hacedores de la palabra, y no tan solamente oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque si alguno es oidor de la palabra pero no hacedor de ella, éste es semejante al hombre que considera en un espejo su rostro natural. Porque él se considera a sí mismo, y se va, y luego olvida cómo era. Mas el que mira atentamente en la perfecta ley, la de la libertad, y persevera en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de la obra, éste será bienaventurado en lo que hace” (Santiago 1:21–25).

“Hijo mío, si recibieres mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios” (Proverbios 2:1-5).

“Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de malos, ni estuvo en camino de pecadores, ni en silla de escarnecedores se ha sentado; sino que en la ley de Jehová está su delicia, y en su ley medita de día y de noche. Será como árbol plantado junto a corrientes de aguas, que da su fruto en su tiempo, y su hoja no cae; y todo lo que hace, prosperará” (Salmo 1:1-3).

“¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación” (119:97).

“Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él, para que guardes y hagas conforme a todo lo que en él está escrito; porque entonces harás prosperar tu camino, y todo te saldrá bien” (Josué 1:8).

“Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón; y las repetirás a tus hijos, y hablarás de ellas estando en tu casa, y andando por el camino, y al acostarte, y cuando te levantes” (Deuteronomio 6:6, 7).

“Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18).

“Y éstos eran más nobles que los que estaban en Tesalónica, pues recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11).

“Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbrá en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones” (2 Pedro 1:19).

“Cualquiera, pues, que me oye estas palabras, y las hace, le compararé a un hombre prudente, que edificó su casa sobre la roca” (Mateo 7:24).

La crucifixión y la santidad

He oído decir que Cristo en la cruz es un retrato de la salvación, y que nuestro yo en la cruz es un retrato de la santificación. La Biblia llama claramente al creyente a morir, como lo dice la célebre exhortación de Cristo: "...[toma tu] cruz, y [sígueme]" (Mateo 16:24). La cruz era un cruel instrumento de muerte. Cristo estuvo dispuesto a aceptar ese sufrimiento por amor a nosotros, y ahora nos llama a encontrar nuestro lugar en esa cruz para que experimentemos Su plenitud y derrotar los avances engañosos de Satanás a través de nuestra carne.

Aunque la crucifixión de la carne ha sido una doctrina central de la iglesia a través de los tiempos, hoy en día no está en moda, y rara vez se oye en el púlpito. La tendencia de la cultura en las pasadas décadas ha sido ensalzar la bondad del hombre, incluyendo su naturaleza humana. Aunque la caída corrompió la naturaleza del hombre, tal parece que la reacción actual del cristianismo se concentra en darle cabida a este movimiento que ensalza la bondad del hombre. Predicar y enseñar que la carne es la vía favorita del enemigo para engañar e incitar al mal se ha convertido en algo políticamente incorrecto. El espíritu de este siglo parece indignarse por cualquier declaración que afirme que la abnegación y la crucifixión son dos cosas necesarias. Por tanto, como ya no se predica de la carnalidad ni la crucifixión, le hemos dado al enemigo la libertad de obrar en la naturaleza carnal del creyente para así extender su influencia maligna. Por eso, el creyente queda muy debilitado, por no decir impotente, como para vivir la vida cristiana victoriosa, dependiendo sólo de la confesión, la misericordia y la aplicación parcial de la gracia, e incapaz de progresar hacia la perfección (2 Corintios 7:1).

Por otro lado, Pablo escribe detalladamente sobre las virtudes de la crucifixión de la carne en varias de sus epístolas. Pero en Romanos 6 lo hace de manera más clara y enfática. Observe estos preceptos: Morir al pecado, evita el pecar continuamente. Podemos ser sepultados en muerte como Cristo para luego ser resucitados como Cristo a una nueva vida. Nuestro viejo hombre

se puede crucificar. El cuerpo de pecado se puede destruir. No tenemos que ser esclavos del pecado. Nunca debemos pecar simplemente porque tenemos la gracia. Cada una de estas verdades se describen en este poderoso capítulo.

Claro está, el clásico pasaje sobre la autocrucifixión es el testimonio de Pablo en Gálatas 2:20: "Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí".

Este llamado a la iglesia de los gálatas se parece a las palabras de Pablo en Romanos 12:1 en donde le pide a los creyentes que se presenten a sí mismos como un "sacrificio vivo, santo, agradable a Dios". Esta es la clave que lo distingue del concepto del sacrificio en el Antiguo Testamento. En el Nuevo Testamento, el hombre crucificado vive, aunque en una modalidad completamente nueva. Pablo le explica esto claramente a los gálatas, cuando dice, "...y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí". Romanos 6 nos ayuda también a explicar esta idea, cuando dice, "...consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro" (v. 11). Así que, el llamado neotestamentario a la crucifixión es un llamado a "morir al yo" y al pecado, y a vivir en Cristo por la fe.

Pablo le dice a la iglesia corintia, "Yo muero a diario". Por ende, esta crucifixión que Pablo nos prescribe es una meta que se puede procurar a diario. En el transcurso de la vida, todos los creyentes experimentan momentos en los que se sienten más vivos para con la carne que para con Cristo y Su Espíritu. Nuestro consuelo radica en saber que, por la gracia, nos podemos unir a Cristo diariamente, tanto en Su muerte como en Su resurrección a una nueva vida. No tenemos que vivir bajo los impulsos de nuestra carnalidad y naturaleza humana. Podemos levantarnos con Cristo para la vida victoriosa con Él. Aunque la cultura de hoy día opine que la crucifixión es una religión dura, tortuosa y extrema, los que experimentan su gracia saben que conduce a una nueva clase de poder para vivir en Cristo por la fe.

Este continuo peregrinaje de ascensión a la santidad de Cristo se puede ver en el anhelo de Pablo. A los santos de Filipos les escribió, diciendo: "No que lo haya alcanzado ya, ni que ya sea perfecto; sino que prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús. Hermanos, yo mismo no

pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús” (Filipenses 3:12–14).

Mientras reflexionamos sobre el llamado a la santidad, permita Dios que Su gracia nos conceda el mismo anhelo que tuvo Pablo de procurar la imagen de Cristo.

“Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos. Si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu” (Gálatas 5:24, 25).

“Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo” (6:14).

“Palabra fiel es esta: Si somos muertos con él, también viviremos con él...” (2 Timoteo 2:11).

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pedro 2:24).

“Por tanto, dejando ya los rudimentos de la doctrina de Cristo, vamos adelante a la perfección; no echando otra vez el fundamento del arrepentimiento de obras muertas, de la fe en Dios” (Hebreos 6:1).

La motivación para la santidad: ¿El amor o la ley?

El camino a la santidad es el llamado de Dios, y es para nuestro bien. Su fin es traer la abundancia de Dios a nuestras vidas. Sin embargo, es posible convertir este llamado en una serie de leyes que matan el alma. La fe que depende de la ley produce muerte.¹

Principio: Debemos evitar el externalismo, las leyes y el control sobre los demás mientras hacemos todo lo posible por acercarnos a la obra divina de la transformación interna. Cuando decimos ley, nos referimos a las reglas de la religión que usurpan el lugar de la persona y la presencia de Cristo. Cuando una madre deja a su hijo, le da reglas para seguir en su ausencia. Pero cuando ella está presente, tales reglas son trascendidas por su presencia y su relación personal en cada momento. Lo mismo sucede con Cristo y nuestra meta de ser formados en Su santa imagen. No debemos simplemente seguir Sus reglas; Él quiere acompañarnos y estar con nosotros constantemente a través de la persona y obra del Espíritu Santo.

El legalismo es equivalente a la superstición. “El legalismo sostiene que los actos visibles que se conforman a las reglas de conducta explícita nos hacen ser justos y aceptables a Dios, y dignos de recibir Su bendición”.² La superstición también hace lo mismo mediante sus encantamientos y hechizos. Jesús compara tales conductas religiosas con la justicia de los escribas y los fariseos (Mateo 5:20). Es muy interesante notar que fariseos eran motivados por dos cosas: el orgullo o el temor. Si una persona era un “buen” fariseo, luego sentía el orgullo de saber que estaba entre los mejores judíos de la nación. Si era un “mal” fariseo, se motivaba a mejorar por miedo a ser desenmascarado como quebrantador de la ley. Estas dos motivaciones son muy inferiores a la motivación divina del AMOR.

Un agricultor no tiene el poder de producir el grano; sólo Dios puede hacerlo. No obstante, el agricultor sabe que debe sembrar

la semilla en el lugar correcto para que crezca. El creyente no tiene la capacidad de producir fruto espiritual ni efectos eternos. Al mismo tiempo, cada creyente puede fomentar un ambiente conducente al crecimiento en su propia vida, progresando así en la santidad.

Imagine que hay un profundo barranco a cada lado de una estrecha senda. La senda es el camino de la formación espiritual a través de las disciplinas, que nos llevan a la santidad. A la derecha, se encuentra la bancarrota moral de los esfuerzos humanos (el legalismo). A esto se le llama moralismo. A la izquierda, se encuentra la bancarrota moral del libertinaje, la cual se llama antinomianismo (anarquía). Sólo la estrecha senda nos lleva a la obra transformadora de Dios, de gloria en gloria, y de fe a fe. En toda la historia del cristianismo encontramos personas que fracasaron en ambos extremos. Dios nos llama a tener una relación con Él, no con reglas y fórmulas, ni con la anarquía, o con una fe nominal.

La clave del balance

Debemos mantener el balance, el cual consiste en estar plenamente conscientes de nuestra dependencia del Espíritu Santo, y saber plenamente que es nuestra responsabilidad cumplir con Su voluntad. Sobreenfatizar cualquiera de las dos verdades dañará ese balance. Sobreenfatizar nuestra dependencia puede crear pasividad, mientras que sobreenfatizar nuestra responsabilidad produce culpa y tensión. La vida cristiana fructífera se encuentra en el punto medio entre esos dos polos. Preste atención a los siguientes pasajes que apoyan cada uno de estos temas:

- La dependencia: "Así que no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia" (Romanos 9:16; véase también Eclesiastés 9:10–12; 2 Corintios 3:5, 6; Juan 3:27; 6:63; 15:5; Jeremías 10:23; 2 Corintios 12:9, 10; Proverbios 3:5, 6; Zacarías 4:6).
- Nuestra responsabilidad: "Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Corintios 7:1; véase también 2 Timoteo 2:21; 1 Tesalonicenses 4:4; 1 Pedro 3:15; 2 Pedro 1:5–8; 1 Juan 1:7; Colosenses 3:5 ["haced

morir”], 8 [“despojaos”], 12 [“revestíos”]; Filipenses 2:12 [“ocupaos”]).

• La gracia: “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:13; véase también Colosenses 1:29; 1 Corintios 15:8, 9; Hebreos 13:21; 1 Corintios 15:8–10).

La metáfora de Orígenes sobre la gracia y las obras

Nuestra vida es como una nave que va de viaje. El viento es como la mano de Dios que nos mueve en Su voluntad. Nosotros, como capitanes, alistamos las velas para colaborar con el viento. Sin el viento, nuestras obras son vanas; y sin nuestra cooperación, se malgasta el poder del viento para guiar nuestras vidas.

El amor

Las disciplinas espirituales no son obras para obtener la justicia, sino una relación amorosa en la que el enamorado aprovecha cada oportunidad para estar en la presencia del objeto de su afecto. Henry Nouwen lo dijo correctamente:

Esta eterna comunidad de amor es el centro y la fuente de la vida espiritual de Jesús, una vida de ininterrumpida atención al Padre en el espíritu de amor. El ministerio de Jesús se origina en esta vida. Sus comidas y ayunos, Sus viajes y descansos, Sus prédicas y enseñanzas, y Sus exorcismos y sanidades eran realizados en este espíritu de amor. Nunca comprenderemos el significado de la exquisita diversidad del ministerio de Jesús a menos que entendamos que todas estas cosas tienen la misma raíz: escuchar al Padre en la intimidad del amor perfecto. Cuando entendamos esto, también nos daremos cuenta de que la meta del ministerio de Jesús es nada menos que traernos a esta comunidad íntima.³

María y Marta

El contraste entre las dos hermanas de Lázaro ilustra claramente las motivaciones opuestas del amor y la ley (Lucas 10:38). Marta estaba llena de deberes, sirviendo cumplidamente en la cocina y desempeñando las labores que creyó ser urgentes. Pero María se acercó a Jesús por puro deseo e interés; estaba contenta con estar ante la presencia del Maestro para escucharlo y adorarlo.

Ella también sintió la tensión de las cosas urgentes, pero escogió la parte importante primero. “Respondiendo Jesús, le dijo: Marta, Marta, afanada y turbada estás con muchas cosas. Pero sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada” (vv. 41, 42).

Considere este contraste: Marta recibió la visita del Señor, mientras que María se quedó junto al Señor. Marta estaba inquieta, afanada y turbada, mientras que María estaba contenta. Marta habló con el Señor, mientras que María se sentó a Sus pies para escucharlo. Marta estaba lejos, en la cocina, mientras que María estaba cerca. Marta servía a Jesús, mientras que María lo adoraba. Marta tenía una queja, mientras que María estaba tranquila. Marta estaba en constante movimiento, mientras que María estaba quieta en la presencia de Cristo. Marta recibió un reproche, mientras que María recibió un elogio. Marta estaba turbada con muchas cosas, pero María escogió la buena parte. Marta vino a ser conocida para siempre como la afanada, mientras que María fue inmortalizada por Cristo.

Señor, ayúdanos a comprender que Tu santidad sólo se recibe en una amorosa relación Contigo, y no mediante las leyes esclavizantes de la religión.

¹Palabras de William Barclay, parafraseadas por Richard Foster, *Celebration of Discipline* [Alabanza a la disciplina] (San Francisco, CA: Harper & Row, 1978).

²Foster, p. 8.

³Palabras de Henry Nouwen, citadas por Dallas Willard, *In Search of Guidance* [En busca de dirección] (New York, NY: Harper and Collins, 1993), p. 146.

Nota: Esta sección ha sido tomada y adaptada de *Fundamentos: Formación Espiritual* (Cleveland, TN: Casa de Publicaciones Ala Blanca, 1997), pp. 24–26.

El amor: La meta de la vida

La meta de la vida para los primeros cristianos, era el amor; y la manera de obtenerlo, era la humildad. El amor era su poderosa manera de desarmar una sociedad violenta. No tenían influencia política, ni poder económico, ni una estructura social masiva; pero amaban a Dios, se amaban los unos a los otros, y amaban al prójimo. Transformaron el mundo en que vivían sin enfrentamientos ni revoluciones, sino con el amor.

El amor es perfección

“Al día de hoy, la definición que Wesley le dio al término perfección no ha sido superada, y todavía lleva la esencia de lo que significa el término en el movimiento de santidad... Al final de su libro *A Plain Account [Una clara explicación de la perfección cristiana]*, Wesley resume su doctrina con estas palabras: ‘Lo que quiero decir por perfección es el humilde, bondadoso y paciente amor por Dios y nuestro prójimo, el cual controla nuestro carácter, palabras y actos’. Tuvo el cuidado de guardarse de tener una perspectiva farisaica o legalista de la perfección... Para Wesley, al igual que en las Escrituras, la perfección cristiana significa *amor perfecto*. Los más claros exponentes de la doctrina la han interpretado de la misma forma a través de los siglos... Por eso, en su sermón sobre la perfección cristiana, Wesley dice, ‘[El amor perfecto] es sencillamente otro término para referirnos a la santidad. Son dos términos que designan la misma cosa’”.¹

La perfección, definida negativamente

Nuestra manera de concebir la perfección como un negativo hubiera causado temor entre los antiguos padres de la iglesia. El evangelio es claro en su llamado (Mateo 5:48; 1 Pedro 1:15, 16). Ellos no tenían intención alguna de abogar por un frío apego a las reglas, ni de afirmar una completa libertad de la tentación. Los que eran tentados con menor frecuencia eran tenidos por individuos de quienes Dios sabía que podrían resistir muy poco.

Nótese el contexto de Mateo 5: “Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (vv. 44–48).

La perfección que imita al Padre es la perfección del amor. Ese es el contexto de este pasaje. Cuando el versículo 48 dice, “Sed, pues, vosotros...”, se está refiriendo a los cuatro versículos previos, en los cuales Jesús describe una asombrosa calidad de amor: un amor que nos lleva a amar a los que nos odian. Es en este amor sorprendente que Jesús nos llama a tener la perfección del Padre. La perfección era, y aún es, amar a Dios con todo el corazón.

El gran mandamiento nos muestra la centralidad del amor: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas”, (22:36–40).

Nótese la preeminencia del amor en Colosenses 3:14: “Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto”. Pablo dice que el amor es fundamental y primordial; es el vínculo perfecto. Si uno espera ser perfecto, el amor es el vínculo que lo une todo.

Nótese la preeminencia del amor en 1 Timoteo 1:5–7: “Pues el propósito de este mandamiento es el amor nacido de corazón limpio, y de buena conciencia, y de fe no fingida, de las cuales cosas desviándose algunos, se apartaron a vana palabrería, queriendo ser doctores de la ley, sin entender ni lo que hablan ni lo que afirman”. Nótese que el vocablo “propósito” es muy significativo. Es la raíz de donde se deriva la palabra “perfecto”. Podríamos decirlo de esta forma: “La perfección del mandamiento es...” El objetivo, la meta y el destino final a donde el mandamiento quiere llevarnos a todos es el amor.

Nótese la preeminencia del amor en 1 Pedro 4:8: "Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor; porque el amor cubrirá multitud de pecados". Por segunda vez, vemos que el amor está conectado con la frase "ante todo". Esto significa que, aunque se ponga cualquier otra cualidad religiosa junto al amor, el amor siempre tendrá la prioridad. Piense en eso. Luego nos enseña que el amor cubrirá multitud de pecados. Si buscamos en la Biblia a alguien o algo aparte de Cristo que lidie con el pecado, no lo hallaremos. Pero Pedro dice que el amor tiene un efecto profundo aun sobre el pecado.

Nótese la preeminencia del amor a través de todo el Nuevo Testamento. En 1 Juan 4:7-19 se nos enseña sobre este amor. Por ejemplo, nos dice que si amamos, somos nacidos de Dios, y si no, no Lo hemos conocido. Tal parece que Juan tenía al amor por señal suprema de un cristiano auténtico. Luego nos dice que la persona que viva en amor, vive efectivamente en Dios. Y cierra con broche de oro al revelar que Dios es amor. ¿Será de asombrar que el amor significa santidad, perfección y madurez?

No debemos olvidar que Juan 13:34, 35 nos enseña que el amor es la estrategia evangelística y misionera más eficaz para ganar al mundo. Romanos 13:8 nos manda a no deberle nada a nadie, excepto el amor. Gálatas 5:14 simplifica las cosas grandemente cuando Pablo nos enseña que toda la ley se cumple en una palabra: amor.

"Esta perfección del amor no parecía repugnante. Era el llamado de Dios (Mateo 5:48; Lucas 10:27)... La iglesia primitiva entendía que el temor era un estorbo al amor, lo cual impedía la perfección mencionada en 1 Juan 4:17, 18. El amor echa fuera el temor... La perfección no es ser compulsivo, ni quisquilloso, ni juzgar a los demás, ni rehusarnos a aceptar nuestra pecaminosidad como seres caídos. El amor expresado en humildad era una manera de estimar a los demás con la misma importancia que a uno mismo (Filipenses 2:1-7). La humildad era la senda al amor; y el amor, la clave para todas las virtudes.

"El amor vence a la santurronería del legalismo. El amor se identifica en compasión, y procura sanar en vez de criticar y juzgar. El amor no es un sentido de deber o culpabilidad, sino que se goza en el amor de Dios y responde amando a los demás.

"Ganamos una mayor libertad sobre los apetitos y las emociones a medida que crecemos en amor por Dios. Somos más humanos cuando estamos cumpliendo el propósito que Dios tenía para

nosotros en la creación: amarlo a Él. Por eso, es un error decir, "Soy sólo humano"; debemos decir, "Estoy caído, pero Dios puede restaurar mi humanidad".

"Nos acercamos más a Dios a medida que amamos a los demás. Si Dios es el centro del círculo, y cada radio es una persona, entonces nos acercamos a Dios a medida que nos acercamos los unos a los otros. Esta es una extensión del gran mandamiento, el cual nos manda a amar al prójimo como a uno mismo.

"La motivación nos dice mucho. Las personas se acercan a Dios primeramente por temor, luego Lo buscan por recompensa, y finalmente se acercan a Él por la relación de amor en Su comunión. Esta última es la adoración más sublime, madura y perfecta.

"El amor, como emoción, es de corta duración. El amor como disposición o compromiso normalmente viene a ocupar su lugar en el matrimonio, y se convierte en un modo de vida. Se requiere elegir repetidamente el amor sobre las demás opciones, y se requiere que se practique de continuo.

"El temperamento y la disposición son dos formas de ver este amor. El temperamento es inmaduro y tomará control; pero en la madurez, la actitud que el corazón escoja y cultive habrá de tomar control. El amor es, pues, la meta para la cual estamos practicando cada vez más.

"El dominio de la codicia se convierte en lo opuesto a esta perfección. En muchas maneras, el último mandamiento es el supremo. Es el más interno. Se relaciona directamente con nuestro amor por Dios. Si estamos amando (codiciando) con nuestro afecto, también quiere decir que no hemos entregado por completo nuestros afectos a Dios. La codicia se convierte en el indicador, desde la perspectiva negativa, de nuestros afectos".²

¹William M. Greathouse, *From the Apostles to Wesley: Christian Perfection in Historical Perspective [Desde los apóstoles hasta Wesley: La perfección cristiana en la perspectiva histórica]* (Grand Rapids, MI: Eerdmans, 1979), pp. 16, 17.

²Roberta Bondi, *To Love as God Loves [Para amar como Dios ama]* (Philadelphia, PA: Fortress, 1987).

Nota: Esta sección ha sido tomada y adaptada de *Fundamentos: Formación Espiritual* (Cleveland, TN: Casa de Publicaciones Ala Blanca, 1997), pp. 61–65.

El llamado a la santidad

Jesús dijo en el Sermón del Monte, "Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto" (Mateo 5:48).

Pedro, citando a Levítico 11:44, dijo, "Sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo" (1 Pedro 1:15).

El llamado a separarnos del pecado

El llamado de Jesús y Pedro es muy conocido porque ha sido el énfasis de la historia del cristianismo en los pasados dos siglos. Este tema bíblico se menciona en pasajes tales como 2 Corintios 6:17: "Por lo cual, salid de en medio de ellos, y apartaos, dice el Señor". El vocablo "santo" se define de la manera siguiente: "hagios, hag'-i-os; de hagos (algo terrible); sagrado (físicamente puro, moralmente intachable, o religiosa y ceremonialmente consagrado): (persona, cosa), santa".¹

Ciertamente, existe un elemento de ausencia de pecado o cualquier contaminación en esta definición. Pero la idea de separación del pecado proviene del trasfondo veterotestamentario del templo, los sacrificios y el tabernáculo. Los sacerdotes no podían tocar cosas inmundas, los sacrificios debían ser limpios y sin contaminación, y ninguna cosa inmundada podía entrar en los lugares santos.

Por equivocación, surgió la idea de que la justicia se podía contaminar por causa de la proximidad al pecado. En el versículo "No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal" (Romanos 12:21), está presente el pensamiento de que el mal pudiera vencer al bien. Para una mentalidad veterotestamentaria, la implicación sería la de no permitir que el mal nos toque o contamine. En la época neotestamentaria, lo vemos en la comunidad de Qumrán, la cual se apartó de la sociedad para ser el pueblo puro y santo de Dios. La segunda mitad de este versículo se pasó por alto a medida que se volvía preeminente la preocupación del mal venciendo al bien.

La vida de Jesús clarifica este punto de vista extremo sobre la santidad como separación del pecado. Aunque Jesús no tuvo pecado, se le vio regularmente con pecadores durante toda Su vida. De hecho, esto escandalizó a los líderes religiosos de Su tiempo. Ellos no permitían que sus reputaciones fuesen mancilladas por comer o socializar con los pecadores, pero Jesús sí. Él demostró que la santidad es una separación del pecado en la esfera del corazón, y no un simple rito externo u observancias de limpieza y pureza.

El llamado a consagrarnos a Dios

Desde una perspectiva positiva, la santidad es el llamado a la consagración completa a Dios. Esto también se ve en la estructura veterotestamentaria de la adoración de Israel. El sacerdocio levítico debía estar completamente consagrado al Señor y a la obra del templo. No poseían tierras, ni tampoco trabajaban para sustentarse a sí mismos. Debían prestar toda su atención a la obra de la adoración a Dios (Levítico 21:6; Números 8:16).

Los nazareos, mencionados en el Antiguo Testamento, eran otra ilustración de este tipo de consagración (Números 6:2). Esta familia se consagró al Señor, haciendo un voto de nunca tomar vino o bebida fuerte alguna, y nunca participar de lo inmundo. Se consagraron por completo al Señor. De manera similar, la nación entera de Israel estaba consagrada a Dios. Ante los ojos de Dios, ellos eran Su pueblo escogido. “Porque tú estableciste a tu pueblo Israel por pueblo tuyo para siempre; y tú, oh Jehová, fuiste a ellos por Dios” (2 Samuel 7:24).

Dios redimió a Israel con el propósito de que fuera la nación, entre todas las naciones del mundo, que le perteneciera a Él.

Ahora bien, en el Nuevo Testamento, el llamado a la santidad aplica esta verdad sobre la consagración a todos los creyentes. Pedro lo dice de manera profunda: “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable” (1 Pedro 2:9). Los creyentes han sido llamados a ser completamente fieles y leales a Dios en la santidad. Debemos ser vasos sagrados para Su uso y gloria. Somos el pueblo de Dios, y Él desea que nos dediquemos por completo a hacer Su voluntad. Un erudito escribió que la palabra “peculiar”, empleada en algunas

versiones inglesas, se puede describir como un círculo que tiene solamente un punto justo en el centro. El pueblo de Dios es el punto que está justo en el centro de Su atención, redimido para pertenecerle solamente a Él.

Obstáculos que impiden la santidad personal

Una actitud egoísta para con el pecado; egocentrismo

El pecado se concibe a menudo como lo que nos impide progresar, en vez de un acto ofensivo contra Dios que consiste en incumplir Su voluntad y entristecerlo. Dios se interesa más por los creyentes obedientes que por los creyentes exitosos. La meta debe ser contristarnos junto con Dios por los pecados cometidos contra Él, y que los creyentes glorifiquen a Dios y no a sí mismos.

¿Cuáles pecados son graves?

La mayoría de los creyentes tienen sus categorías de pecados, las cuales enfatizan. No obstante, la mayoría pasa por alto o ignora la lista de pecados internos tales como los que aparecen en Efesios 4:31: "Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia". Y la mayoría también se olvidan de juzgarse a sí mismos antes de condenar a los demás. En comparación con la majestad y santidad de Dios, toda falta es pecado y exige Su poder expiatorio. En el corazón de Dios, todo pecado es grave, y no sólo los pocos que nos parecen graves.

Malinterpretar la fe

A menudo, los creyentes piensan que la fe consiste en creer, sin que se exija ninguna acción de su parte. Las concepciones populares de la fe se centran completamente en el ejercicio mental de aceptar intelectualmente las declaraciones de su naturaleza. Esto es acompañado por la noción de que todo esfuerzo es carnal y no puede beneficiar al espíritu.

Lea las palabras de Lutero sobre la fe: "[La fe] es una confianza viva y bien fundada en la gracia de Dios... [La misma] hace al que la posee una persona gozosa, decidida, y llena de afecto para con Dios... Tal persona llega a estar dispuesta a hacer el bien para con todos, sin reservas".²

"Cuán extraña clase de salvación desean aquéllos a quienes no les interesa la santidad... Desean ser salvos por Cristo, pero también

desean estar fuera de Cristo en un estado carnal... Desean que sus pecados sean perdonados, no para que puedan andar con Dios en amor, sino para practicar su enemistad contra Él sin ningún temor al castigo”.³

“En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (Hebreos 10:10).

“...porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (v. 14).

“... y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (12:14).

“Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor...” (Efesios 1:3, 4, 5a).

¹James Strong, *Strong's Exhaustive Concordance of the Bible [Concordancia bíblica exhaustiva de Strong]* (Nashville, TN: Regal, sin fecha).

²Martin Lutero, citado por Harry Emerson Fosdick, ed., *Great Voices of the Reformation [Grandes voces de la reforma]* (Nueva York, NY: Modern Library, 1954), pp. 121, 122.

³Walter Marshall, citado por A.W. Pink, *The Doctrine of Sanctification [La doctrina de la santificación]* (Swengel, PA: Bible Truth Depot, 1955), p. 29.

Nota: Esta sección fue tomada y adaptada de *Fundamentos: Formación Espiritual* (Cleveland, TN: Casa de Publicaciones Ala Blanca, 1997), pp. 27–29.

El movimiento de santidad

“El pentecostalismo nació en la cuna del movimiento de santidad del siglo XIX. Pero los orígenes del movimiento de santidad se remontan, de hecho, a Juan Wesley, en el siglo XVIII, quien enseñó una especie de salvación de dos niveles. El primer nivel era la conversión, o justificación, en el cual uno es perdonado y librado de los pecados pasados. El segundo nivel era la ‘entera santificación’, en el cual uno es librado de la naturaleza caída o, al menos, de la tendencia al pecado. Los predicadores itinerantes de principio de la década de 1800, tales como Asa Mahan (presidente del Colegio Oberlin) y el evangelista Charles Finney, propagaron la teología de Wesley. Enseñaron que ‘los pecadores tenían la capacidad natural de creer y que los métodos evangelísticos podían vencer su discapacidad “moral” mediante el poder persuasivo del evangelio. Finney y Mahan aplicaron este mismo concepto al crecimiento del cristiano hacia la madurez espiritual... Insistían en que, para ser santificado, sólo se requería la misma clase de fe sencilla e instantánea que uno ejerciera para convertirse’.¹

“...Aquellos que contribuyeron al esparcimiento de esta doctrina de ‘santidad’ fueron los populares avivamientos de carpas de la primera mitad del siglo XVIII, el ministerio de Phoebe Palmer (1807–1874) (quien enseñaba que la santificación se podía alcanzar instantáneamente mediante un acto de fe), y el ‘avivamiento de oración’ de 1857–1858 (que a veces se le llamó el Tercer Gran Avivamiento). Había también mucho descontento en los círculos metodistas, porque muchos percibían que la organización había perdido su fervor. Los metodistas wesleyanos (en 1843) y los metodistas libres (en 1860) abandonaron la organización, y comenzaron a formar las primeras confesiones de santidad. Hasta la década de 1890, el movimiento de santidad fue, en gran parte, un fenómeno metodista; pero a medida que los metodistas fueron aceptados en el cristianismo dominante, las tensiones aumentaron hasta producirse un cisma que creó nuevas confesiones de santidad de origen no-metodista. Éstas incluyeron la Iglesia de Dios en

Anderson, Indiana (1880), la Iglesia del Nazareno (1908), y la Iglesia del Peregrino y de la Santidad (1897)".²

Como ejemplo, a finales del siglo XIX (1897), el cuáquero Seth Cook Rees y el metodista Martin Wells Knapp fundaron lo que se habría de convertir en la Iglesia del Peregrino y de la Santidad en la Escuela Bíblica de Dios en Cincinnati. El movimiento resultante (que luego se convirtió en una organización) se comprometió desde el principio a la santidad personal y social. Los estudiantes de la Escuela Bíblica de Dios "laboraron en las calles" del centro de la ciudad de Cincinnati, alimentando a los pobres y cuidando de los desamparados en locales misioneros mientras se preparaban para viajar a las naciones pobres del mundo haciendo labor misionera o para quedarse en casa y fundar "iglesias de escaparate" que fueran accesibles para los pobres. Las Iglesias del Peregrino eran fundadas normalmente "más allá de la vía del tren" en las secciones más pobres del pueblo, o en misiones de escaparate, las cuales habrían de atraer a los pobres.

La doctrina de la segunda bendición (la santificación) era muy influyente. Para finales del siglo XIX, la doctrina de la entera santificación, definida llanamente como una segunda experiencia de crisis, subsecuente a la regeneración, acompañada de manifestaciones externas y moralidad aumentada, y descrita como un Pentecostés personal, llegó a ser identificada como la verdad central de la Biblia.

En parte, la razón por la que el movimiento de santidad llegó a esta conclusión fue el gran crecimiento e influencia que tuvo en los últimos 25 años del siglo XIX. La gran popularidad de la "teología del altar", promulgada por Palmer, el alcance internacional y transconfesional de la doctrina de la santidad, y el éxito de la Asociación Nacional de Avivamientos en Carpa confirmaron la noción de que la entera santificación era "la experiencia suprema de la vida cristiana".

El movimiento de santidad se esparció mediante avivamientos que enfatizaban una experiencia profunda con Dios, a la cual llamaban santidad o santificación. Un tema central era la pureza de corazón. Durante este período de tiempo, muchas iglesias pequeñas se desarrollaron por los avivamientos y el énfasis de la santificación (la cual Juan Wesley enseñó, pero que no era enfatizada por muchos metodistas en aquel tiempo). Alrededor de unas 25 ó 30

organizaciones pequeñas se formaron, y eventualmente se fusionaron con otros grupos para agrandar la iglesia. La iglesia era robusta en su énfasis misionero y de avivamientos.

“Los adeptos de la santidad se tenían a sí mismos por verdaderos descendientes espirituales de los Wesley, y practicaban una ética moral estricta, se abstendían de los placeres y las diversiones mundanas, tenían una firme creencia en la entera santificación (también conocida por ‘la segunda bendición’, y el bautismo del Espíritu Santo). Más importante aun, ‘la doctrina de la santidad proporcionó a los evangélicos del siglo XIX un medio para vencer sus conflictos sectarios. Las doctrinas pueden dividir, pero la experiencia de un corazón puro podía unir a todos los verdaderos creyentes contra las amenazas representadas por el formalismo religioso, el ateísmo y el catolicismo romano’.³ Este énfasis en la santidad habría de continuar esparciéndose durante el siglo XIX gracias a individuos y grupos diversos tales como El Ejército de Salvación, los cuáqueros, D.L. Moody, Hannah Whitall Smith, el Y.M.C.A., el movimiento de Keswick, y Oswald Chambers...”

“Hoy día el movimiento de santidad sobrevive por medio de las diversas organizaciones de santidad, los constantes esfuerzos de la Conferencia Inglesa y la Conferencia Americana de Keswick, y a través los escritos de Hannah Whitall Smith, Lettie Cowman (Streams in the Desert), Oswald Chambers (My Utmost for His Highest), y otros”.⁴ Pero más importante aun, el movimiento sobrevive a través de la siguiente generación de santidad, a la cual llamamos pentecostalismo.

“...Charles Parham (el padre del movimiento pentecostal) habría de llevar la doctrina de la santidad a otro nivel. A él le gustaba la idea de una espiritualidad de nivel superior causada por una experiencia de crisis (esto es, el bautismo del Espíritu), pero también creía que el bautismo del Espíritu debía estar acompañado de las manifestaciones del Espíritu Santo, especialmente las lenguas. En 1901, Parham y un puñado de seguidores afirmaron haber experimentado las lenguas como evidencia de su bautismo. Esto marcaría el nacimiento del movimiento pentecostal, el cual combinaría la teología de la santidad con las señales sobrenaturales del Espíritu. Sólo unos pocos años después, un estudiante de Parham, William J. Seymour, condujo lo que habría de conocerse como el avivamiento de la Calle Azusa (1906–1909), el cual elevó las

manifestaciones del Espíritu Santo a tal nivel ... que la práctica pentecostal y la teología de la santidad habrían de esparcirse por todo el mundo en las décadas subsiguientes".⁵

Así que, vemos que este pequeño grupo en las montañas de Carolina del Norte se estaba moviendo bajo el ímpetu de algo trascendental. En aquellos días, Dios estaba obrando al alimentar las llamas de un cambio a nivel mundial. El ministerio del movimiento de santidad estableció el fundamento del movimiento pentecostal, el cual está activo en la ola misionera mundial de hoy, edificando el reino de Dios en cada rincón del planeta.

¹*Christian History and Biography [Historia y biografía cristiana]*, Edición 82, "The Cleansing Wave", p. 22.

²Gary Gilley, "The Holiness Movement" [El movimiento de santidad], <http://www.svchapel.org/resources/articles/19-charismatics/29-the-holiness-movement>.

³*Christian History and Biography [Historia y biografía cristiana]*, p. 23.

⁴Gilley.

⁵Ibid.

Nota: Esta sección es una adaptación de un artículo titulado "The Holiness Movement" [El movimiento de santidad], escrito por Garry Gilley, <http://www.svchapel.org/resources/articles/19-charismatics/29-the-holiness-movement>.